

LA GRAVE CRISIS DEL VIETNAM DEL SUR

Es muy posible que la guerra contra el comunismo en el Vietnam del Sur, que al cabo de los años—ocho en su fase actual, que entró en un período de creciente actividad con la llegada de Mr. John F. Kennedy a la Casa Blanca, el 20 de enero de 1961—ha mostrado cierta tendencia a la extensión y el empeoramiento, a pesar de todos los pronunciamientos y declaraciones que se hayan podido hacer en sentido contrario, esté ya irremediablemente perdida para el Occidente. Las actividades guerrilleras del Vietcong (organización comunista) han adquirido demasiada importancia para poder ser suprimida radicalmente, cualquiera que sea el volumen de la ayuda y la intervención de los Estados Unidos, aunque sin esto es del todo posible que a estas horas no existiese ya el régimen del presidente Ngo Dinh Diem. O de cualquier otra personalidad que no fuese comunista o estuviese, por lo menos, relacionada con el comunismo, el del doctor Ho Chi Minh, del Vietnam del Norte, en cualquier caso.

Las declaraciones que ha hecho el presidente Kennedy cuando se podía esperar que la situación, tan crítica, a que se había llegado en el Vietnam del Sur, a fines de agosto, culminación hasta entonces de la crisis medio religiosa medio política—de «rojos en hábito amarillo» fueron descritos los monjes budistas que habían venido desplegando una actividad conspicuamente antigubernamental—que había empezado el 8 de mayo último, a duras penas podrían considerarse como un esfuerzo hecho para mejorar el mal estado en que se encontraban las relaciones entre el Gobierno de Saigón y el Gobierno de Washington. Mr. Kennedy declaró que dudaba que la guerra contra los comunistas en el Vietnam del Sur pudiese ganarse a menos que el Gobierno de Saigón «haga un mayor esfuerzo» por «conquistar el apoyo popular». Muy pocos días después, en un programa de televisión, habló nuevamente de «la necesidad de un cambio en la política y en el personal del régimen vietnamita».

La situación en el Vietnam del Sur, trágicamente agravada por la extensión rápida del conflicto entre el Gobierno de Diem y los monjes budistas a lo largo del verano, es, en principio, más débil y más desfavorable que lo que era en 1955 y, sin duda alguna, que lo que era antes de la procesión budista celebrada en Hué, en el norte del país, contra la cual intervinieron fuerzas de orden público con fusiles, ametralladoras y algún tanque y carro blindado y de cuya intervención resultaron nueve monjes muertos. Aquello había surgido un poco inesperadamente. Parecía ser la consecuencia del complejo de inferioridad que prevalecía en amplios sectores religiosos, del budismo en particular, la religión del 70 por 100 de la población—unos 15 millones de habitantes—del Vietnam del Sur. Los católicos, menos de millón y medio, es decir, un 10 por 100 escaso de esa población, muchos de ellos refugiados de lo que es ahora el Vietnam del Norte y por lo tanto considerados como gentes más bien extrañas en aquel nuevo ambiente, ocupan posiciones de mucha importancia en la dirección y administración del Vietnam del Sur, así como en las fuerzas armadas y en particular en la policía.

Herencia de los días en que Indochina era una colonia de Francia, los católicos gozaban de ciertos privilegios, como el uso de banderas y estandartes con entera libertad, sin necesidad de que estuviesen acompañadas por la bandera nacional. Los budistas reclamaban el mismo privilegio y esa parece haber sido la razón que movió a las autoridades a intervenir contra aquella procesión de Hué, donde se encuentra el palacio arzobispal ocupado por monseñor Ngo Dinh Thuc, hermano mayor del presidente y una de las principales jerarquías católicas del continente asiático. La procesión, con banderas budistas a la cabeza, pero sin la presencia de una sola bandera nacional, se celebraba en una ocasión especialmente solemne: el aniversario del nacimiento de Gautama Buda.

Teas humanas.

A partir de entonces, las relaciones entre las dos fuerzas, el budismo y el Gobierno, se fueron haciendo más tirantes y más agrias, hasta la explosión, sensacional y emocionante a la vez, del monje que se quemó vivo en el centro de Saigón y en pleno día, después de quedar bien empapado de gasolina. (A este hecho siguieron otros, cinco en total, entre los cuales hay una monja, budista, como todos los demás.) Si lo que se buscaba era llamar

la atención, dentro y fuera del país, se consiguió ampliamente. Por si hubiera hecho alguna falta, a la mayor espectacularidad y sensacionalismo de unos hechos horribles contribuyó bastante la actitud, de una mordacidad evidente, de la esposa de Ngo Dinh Nhu. Es éste hermano del presidente, jefe de las Fuerzas Especiales y de la policía secreta y del Cong Hoa, una organización juvenil de carácter militar y cívico, con equipos de acción bien disciplinados y armados, y está considerado, al igual que su esposa—jefe asimismo de una organización femenina, presidente de la Asamblea Nacional y primera dama de la República, por ser el presidente soltero—como el principal de los consejeros de Ngo Dinh Diem. La señora Nhu habló, en actitud profundamente despreciativa, del primer monje que se convirtió en una tea humana para decir que aplaudiría ella si se repitiesen «exhibiciones» como aquella, faltas por otra parte de un verdadero sentimiento nacional, puesto que para «asar» al bonzo se había recurrido al «combustible de importación».

Lo importante aquí, sin embargo, estaba en el argumento de que el acto no era realmente religioso, sino político y que los monjes eran o bien comunistas disfrazados de monjes o instrumentos del comunismo. Se trataba, pues, de una situación intolerable, a la que se debería hacer frente con decisión, energía y el ánimo dispuesto para acabar con ella de una manera radical y expeditiva. La situación fué empeorando, sin embargo, a pesar de que, ante la magnitud de la tragedia que suponían más monjes achicharrados de aquella manera horrible y la lista creciente de los hombres y mujeres que hacían promesa de seguir el mismo camino (una joven intentó cortarse la mano izquierda con un hacha), el presidente Diem hizo vagas promesas a los monjes budistas, acuciado en parte por algunas autoridades norteamericanas.

Las concesiones o no se llevaron a la práctica o no llegaron nunca a dar satisfacción total a los monjes, por lo que la crisis se fué agravando hasta que finalmente se produjo la declaración del estado de guerra el 21 de agosto pasado y la penetración violenta de fuerzas de orden público en muchas pagodas, con la detención de centenares de budistas y también alguna muerte. Informaciones que nunca han llegado a tener confirmación hablaban de 30 y hasta de un centenar de muertos. En cualquier caso, la situación llegó a ser muy grave, por los hechos en sí y más todavía por la forma en que se produjeron, lo que dió lugar a que se hablase de golpes de Estado.

Cambio de embajadores.

Al producirse estos hechos, se encontraba de viaje hacia Saigón el nuevo embajador de los Estados Unidos, Henry Cabot Lodge, prestigiosa figura del Partido Republicano, ex candidato a vicepresidente, ex delegado de su país en las Naciones Unidas, ex senador y con nombres y apellido que ocupan un lugar de mucho relieve en la Historia de su patria. Aquello significaba, sencillamente, que iba a producirse un cambio grande, quizá radical, en la actitud de los Estados Unidos hacia el régimen de Diem. O, por lo menos, hacia su hermano y la esposa de éste—a quien dan sus enemigos el título de «Lady Dragón»—, que con razón o sin ella eran considerados como el factor decisivo en aquella triste situación que había desplazado a un lugar muy secundario lo que se quería que fuese la misión fundamental del régimen: la lucha contra el Vietcong.

Hasta entonces, la colaboración—y casi la identificación—del Gobierno de los Estados Unidos con el Gobierno del Vietnam del Sur había sido total. Durante una visita del secretario de Defensa, Robert S. McNamara, el año pasado, al Vietnam del Sur, declaró: «Me siento tremendamente estimulado por lo que he visto.»

Unos días tan sólo antes de estallar la tormenta que no cogió a nadie por sorpresa, porque se la veía venir, el anterior embajador norteamericano, Frederick E. Nolting, a quien se retiraba precisamente por considerársele totalmente identificado no sólo con el régimen del presidente Diem, sino con los esposos Nhu, contra los cuales iban generalmente dirigidos los mayores ataques de los que no estaban conformes con lo que se hacía y como se hacía, había declarado públicamente: «Lo malo de todo este maldito lío está, si he de hablar con franqueza, en que todo el mundo enfoca la atención en lo que es sólo un aspecto insignificante de la cuestión.» Es más, Mr. Nolting había afirmado que por lo que él había visto, no existía persecución religiosa de ninguna clase. La inmensa mayoría, casi la totalidad, de los correspondientes norteamericanos, pocos de los cuales eran bien vistos en la Embajada de su país en Saigón, sostenían todo lo contrario.

Había, por lo menos, contradicción. Pero sobre lo que no quedaba posibilidad alguna de duda era la gravedad de la situación. La forma en que hizo crisis produjo sorpresa, sin embargo. El embajador norteamericano cesante había salido del país y el nuevo no había llegado. Había pasado unos días en las islas Hawai, conferenciando con Mr. Nolting, al parecer para

informarse bien sobre algo acerca de lo cual aún no había llegado a conclusiones definitivas. Ni había recibido instrucciones concretas. Quizá porque aquello parecía muy complicado o tal vez porque Mr. Lodge fuese una personalidad demasiado importante para que tuviese justificación el darle instrucciones detalladas. En realidad, llevaba sólo una misión específica: mostrarse duro ante el Gobierno survietnamita en el momento de exigir más bien que recomendar la adopción de una política de mayor tolerancia con los monjes budistas, de un acercamiento decidido hacia las masas populares, de las que evidentemente se había ido separando y distanciando el régimen a lo largo de los años. El momento podía ser crítico, pues estaban anunciadas, para unos días después tan sólo, las elecciones legislativas, que fueron al fin suspendidas con carácter indefinido. ¿Contaría el régimen con algo que sin ser igual pudiese ser un poco aproximado a aquella mayoría abrumadora—un 98,2 por 100—con que la población survietnamita acogió a Ngo Dinh Diem en 1955, con preferencia clamorosa al desacreditado y jovial emperador Bao Dai?

En la explosión de la crisis, que sorprendió a Mr. Lodge en Tokio, donde tenía el propósito de continuar unos días, para celebrar conversaciones de cierta importancia y dedicar más tiempo, sin duda, al estudio sereno de la situación en Vietnam del Sur, se produjeron hechos que parecieron dar la razón a quienes sostenían—y sostienen—que se había dado un golpe de Estado, en realidad. El Gobierno norteamericano se sintió alarmado hasta el punto de ordenar a Mr. Lodge que partiese sin pérdida de tiempo hacia Saigón y para facilitarle el viaje se puso a su disposición un gran avión militar.

La llegada pudo considerarse como un hecho hostil para el Gobierno de la nación, ante cuyo jefe de Estado no había presentado aún las cartas credenciales. Después de una bienvenida formularia, dada por un funcionario de protocolo y el comandante de las Fuerzas norteamericanas en el Vietnam del Sur (que se dice pasan ya de 15.000 los soldados y oficiales), general Paul Hankins, Mr. Lodge se fué directamente no al edificio de la Embajada, sino al de la misión de la Ayuda norteamericana, donde habían recibido asilo dos monjes budistas que decían encontrarse en grave peligro. Aquello apenas se podría interpretar más que como una demostración de hostilidad hacia el Gobierno que había tolerado una situación como aquella. Es más, el embajador ordenó que se facilitasen vegetales a unos monjes que eran vegetarianos, para que pudiesen contar con una alimentación adecuada.

Con la victoria cerca.

Inmediatamente empezó una dura, sorda, implacable lucha por el Poder. Ante lo que en los medios oficiales norteamericanos se consideraban unos hechos consumados, aunque inaceptables, empezaron las declaraciones que parecían ir encaminadas a demostrar dos cosas: que la situación a que se había llegado era obra de la policía y de las llamadas fuerzas especiales, de las cuales era jefe Ngo Dinh Nhu, y que la declaración del estado de guerra, con la consiguiente afirmación de la autoridad militar, había sido una simple maniobra para implicar al Ejército en lo que era, se pretendía que fuese, una situación irreversible. Hasta entonces se había especulado con la frialdad, quizá indiferencia y hasta una posible hostilidad del Ejército hacia un régimen que disponía cambios frecuentes en los mandos y desarrollaba una política militar que las autoridades norteamericanas consideraban poco decidida y, en consecuencia, inadecuada para ganar la guerra contra el Vietcong.

Las condiciones de la lucha tendían a empeorar. Las unidades guerrilleras, que habían empezado en la nada, prácticamente, al año de haberse creado el régimen survietnamita, iban creciendo a pesar de los partes que en daban cuenta de miles y miles de bajas comunistas cada mes. Se decían que año y medio se habían duplicado, hasta tener un total de 28.000 combatientes activos, muchos de ellos estacionados en posiciones relativamente próximas a Saigón, en particular por el delta del Mekong. Seguramente contarían con una organización formada por no menos de 100.000 personas para desempeñar funciones auxiliares, hacer los transportes, etc. La base principal estaba, sin duda, en el Vietnam del Norte, a muchos cientos de kilómetros de distancia. En las luchas, cada vez más duras y más difíciles, las fuerzas norteamericanas, que oficialmente sólo servían de consejeros, instructores, pilotos de aviones y helicópteros, etc., habían tenido más de un centenar de muertos y las bajas totales del Vietnam del Sur se calculaban, entre muertos y heridos, en unos 250.000 hombres. El Ejército survietnamita, ya con medio millón de hombres, no parecía ser capaz de hacer frente a la situación. Ni siquiera después de los grandes progresos del programa de las poblaciones fortificadas, hacia las cuales se retiraban los campesinos, a menudo desde varios kilómetros de distancia (después de dejar abandonadas sus casas o chozas durante la noche), para ser concentrados en lugares dotados de una guarnición armada de soldados o milicias o las

dos cosas a la vez. Unos ocho millones de campesinos habían sido ya concentrados de acuerdo con un sistema que estaba pronto a terminar, con lo cual el campo quedaría en su mayor parte y durante la noche a merced del Vietcong, pero sin nada que pudiese realmente ayudarle, a menos que, en alguna ocasión, fuese posible dejar atrás alguna cantidad de víveres.

Había sospechas de que aumentaba el descontento en parte, por lo menos, de la autoridad militar norteamericana en el Vietnam del Sur. Y había descontento, sin duda, en Washington, donde cada año resulta más difícil sacar a flote un programa de ayuda que va resultando altamente costoso y sobre el cual se hace una campaña que al parecer encuentra un clima propicio. Y, sobre todo, por ser creciente el malestar producido por las noticias que iban dando cuenta del aumento en el número de norteamericanos que encontraban la muerte en un país remoto y por una causa que no se acababa de comprender muy bien. A los Estados Unidos, el Vietnam venía costando ya cerca de 6.000 millones de dólares, de los cuales una parte correspondía a la ayuda concedida a Francia durante los últimos años de la guerra de Indochina. Mucho más de la mitad se ha venido gastando en la tarea de afianzar al Gobierno de Ngo Dinh Diem, que se encontró, casi en los comienzos de su vida, con el problema de la acción guerrillera comunista. Se pretendía impedir que un régimen que no había tenido ocasión de consolidarse y organizarse llegase a servir de ejemplo a su país y a todo el Sureste asiático. Actualmente se calcula que la ayuda, militar casi exclusivamente, de los Estados Unidos al Vietnam del Sur, no baja de los 500 millones de dólares al año. Y la tendencia es a subir de año en año.

Pero ante el cambio de actitud que anunciaba el cambio de embajador, ¿qué iba a suceder con la ayuda norteamericana? ¿Podría el régimen de Ngo Dinh Diem sostenerse sin ella?

Preguntas así se habrán hecho, sin duda, en los días que precedieron a la explosión de la crisis que ha sido calificada como golpe de Estado.

Golpe de Estado, ¿contra quién y por quién? Ahí entran las interpretaciones—y las acusaciones—que por un lado hacen pensar en que Diem ya no es más que una figura decorativa y por el otro que la unidad, familiar y nacional, es más fuerte que nunca y, por ello, la posición de los Estados Unidos no permite otra salida que la continuación del actual estado de cosas, con la misma o con más ayuda que hasta ahora.

Una guerra más.

La actitud del Gobierno norteamericano tiende a endurecerse, sin embargo. Entre el Departamento de Estado y el Gobierno de Saigón se ha planteado una polémica sobre las causas y los causantes de la situación. Una declaración del Departamento de Estado decía, a poco de producirse los graves sucesos que dieron lugar a la invasión de las pagodas, que los jefes militares vietnamitas «no estaban al tanto de los planes para el ataque a las pagodas y mucho menos de la manera brutal en que fueron llevados a cabo». Es más, el portavoz oficial del Departamento de Estado llegó a decir que «de las informaciones recibidas está claro que estos ataques... y las muchas detenciones de monjes budistas han sido obra de la policía, apoyada por pequeños grupos de las Fuerzas Especiales que no están bajo el mando de las Fuerzas Armadas vietnamitas».

En oposición a esta actitud fué ganando terreno la impresión, con marchamo oficial survietnamita, de que lo sucedido había sido inevitable para desbaratar un golpe de Estado que estaba siendo preparado por la C. I. A., la gran Agencia Central de Información del Gobierno de los Estados Unidos. *The Times of Vietnam*, un periódico que se publica en lengua inglesa, del cual parece ser propietario un norteamericano y que está considerado como el portavoz de la familia de Nhu, habló claramente de esto y de la inversión de 10 millones de dólares en la operación.

La propia señora Nhu declaró, en una entrevista de Prensa: «Todos los elementos de este país (el Vietnam del Sur), incluido el Ejército, están unidos en apoyo del presidente.» Calificó de «ridículos» los rumores sobre un golpe de Estado contra el presidente, su hermano político; afirmó que las tropas habían hecho «demostración de su lealtad al presidente» y dijo que la actitud crítica del Gobierno de los Estados Unidos estaba basada en simples «tonterías».

Pero tardaría mucho tiempo en aclararse del todo la situación. *The Times* de Londres publicó una información de la agencia Reuter que recogía las noticias sobre los rumores de un golpe de Estado en preparación, para desplazar al presidente y colocar en su puesto a su hermano, Ngo Dinh Nhu. Estos rumores adquirieron gran difusión, se decía, a partir del momento en que «los retratos del presidente Diem fueron retirados de un número de edificios públicos», para ser sustituidos en algunos casos por retratos de Nhu. ¿Había algo de cierto en todo ello? Se aseguraba, es más,

que «Mr. Nhu ha hecho imprimir una cantidad gigantesca de retratos suyos —se dice que llegan por lo menos al millón—y que han sido distribuidos ya entre los miembros del movimiento juvenil».

Situaciones como ésta dejan mucho campo libre a la imaginación y la fantasía. Pero lo que produce la sensación de lo definitivamente comprobado es que los acontecimientos han sido de tal naturaleza que, a menos que se produzca un cambio radical y muy decidido, el comunismo habrá salido muy favorecido. La posición de los Estados Unidos se ha visto más comprometida todavía después de la declaración del general De Gaulle, impresionante y llamativa, como todas las suyas, en la que hace un llamamiento al pueblo del Vietnam *tout entier* para que se desprenda de las influencias extranjeras, con lo que no se puede aludir más que a los Estados Unidos y al comunismo, colocados en este caso en un plano de entera igualdad.

La declaración del presidente de Francia produjo irritación en los Estados Unidos y movió al presidente Kennedy a la adopción de una actitud que ha querido ser de desdén, por lo menos, hacia el hombre que ni tiene fuerzas en el Vietnam ni le presta ayuda económica de ninguna clase, de lo que se desprende que tampoco tiene el menor derecho a pronunciarse sobre lo que por allí sucede. Pero, se podría preguntar, como algunos han hecho, ¿habrá pensado Mr. Kennedy en lo que pudiera suceder, con el tiempo, como consecuencia tal vez de aquella actitud tan crítica de la forma en que Francia procedía en Argelia y tan favorable para los rebeldes argelinos? Claro que Mr. Kennedy no era entonces más que un senador y De Gaulle es todo un jefe de Estado, lo que hace que la responsabilidad no sea precisamente igual. En cualquier caso, la posición de los Estados Unidos se va haciendo más incómoda cada día en el Vietnam del Sur y en otras partes. Por ahora, sin embargo, lo que importa es el Vietnam del Sur y aquí la situación, desde el punto de vista norteamericano, es muy grave, quizá ya desesperada.

El vacío que dejó Francia, al retirarse en 1954, resulta difícil de llenar. Quizá porque se ha querido producir una sustitución y hacer las cosas de tal modo que no podía quedar otra salida que la sustitución, al régimen de Ngo Dinh Diem se le reservó el papel incómodo de cubrir una misión que en relación con los Estados Unidos pudiera ser comparable en cierto modo a la que se había confiado al emperador Bao Dai en relación con Francia. En cualquier caso, lo importante muchas veces no son los hechos en sí, sino la impresión que de ellos se recibe. Y esa impresión ha hecho franca-

mente impopular al régimen de Diem. Que puede ser una de las razones fundamentales de la decisión con que su hermano, Ngo Dinh Nhu, y su esposa se esfuerzan ahora por mantener una política de total independencia en relación con los Estados Unidos, a los que se deja la opción de continuar prestando una ayuda para algo que no es posible abandonar, porque de ello resultaría la victoria, inmediata e inevitable, del comunismo.

Mr. Kennedy ha dicho públicamente que el comportamiento del régimen survietnamita contra los budistas había sido «muy imprudente» y añadió: «Nosotros (los norteamericanos) no creemos que ésta sea la manera de ganar la guerra contra el comunismo.» Pero al preguntársele si eso apuntaba a la retirada de la ayuda norteamericana a ese mismo régimen, añadió, en actitud de gran firmeza: «No estoy de acuerdo con los que nos aconsejan la retirada. Eso sería una gran equivocación.» Se detuvo un poco y volvió a repetir la frase, con el deseo evidente de que no quedase el menor asomo de dudas sobre su actitud.

JAIME MENENDEZ.

CRONOLOGIA